

»Extremadamente animoso, no cedía ante ninguna molestia, por grande que fuera, considerando de poco valor los padecimientos de esta vida comparados con las esperanzas del cielo, y repitiendo con frecuencia: «El reino de los cielos exige fuerza, y los que se violentan lo arrebatan.» (1)

«Invencible en su valor, nada le detenía, tratándose del honor de Dios y del bien del prójimo. No consideraba trabajos las fatigas soportadas con este doble objeto. Su alma grande fué admirable en los trabajos que pasó para fundar y sostener las Escuelas: en la educación cotidiana de los niños más pequeños tenía todas sus delicias, considerando el bien inmenso que resultaría á la sociedad. En las tribulaciones era imperturbable, y lo probará bien un hecho entre muchos. Había resuelto enviar fuera de Roma á un Religioso, porque así lo exigía el bien de la Congregación. Pretendían la vuelta á Roma algunos personajes de alta categoría; pero se opuso resueltamente á todas las violencias, queriendo que fueran ejecutadas sus órdenes, sin atender á los prejuicios de que pudiera ser objeto su persona, lo que no sucedió».

Sabía que había de ser destruído su Instituto; pero aquel conocimiento tan desalentador no pudo amortiguar su energía, porque sabía que después de su muerte había de resucitar más glorioso. Alentaba á sus hijos para que la deserción no impidiera que se realizaran los designios de Dios, que son siempre contingentes, y dependen de la correspondencia de los hombres. Llenas están sus cartas de este sentimiento que se manifiesta en todas las ocasiones después de la casi completa destrucción de su Orden.

En 1621, escribía: «Sirvamos al Señor en nuestra vocación, y vengan como quieran las cosas del mundo: porque todo ha de ceder en mayor gloria de Dios y más grande utilidad de su Iglesia».

En 1636. «Puesto que el enemigo común de las buenas obras trata de impedir las, cuanto puede, debemos nosotros no sólo no abandonar nuestra empresa, sino al contrario, seguirla con mayor ardor».

En 1642: «No cese V. R. de alentar á todos los de esa casa á llevar adelante nuestra obra. Asombremos á nuestro infernal enemigo, ya que se empeña en arruinar esa casa por la cual he rogado tanto, y no cesaré de rogar todos los días».

El mismo año en el mes de abril: «En esa casa, darán todas pruebas de celo por la Religión y servicio de Dios, si en las turbaciones presentes permanecen firmes é inquebrantables en el amor de Dios y en el bien de los estudiantes».

En 1646, dos años antes de su muerte: «Aunque se sirve el infernal enemigo de todas sus mañas y de sus embustes más

(1) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud (San Mateo XI. 12.)

»que en lo pasado, debemos tener firme esperanza de que Dios defenderá nuestra empresa, conduciéndola á la más alta perfección».

El 1.º de diciembre del mismo año: «Debemos rogar á Dios hasta ser importunos: él mismo nos lo enseña en la parábola del pobre, que á media noche fué á llamar á la puerta de su amigo, para que le prestase tres panes. Si no nos escucha Dios en los primeros meses, ni aun en muchos años, no dejará al final de escuchar nuestras súplicas, porque es cierto que la perseverancia corona la obra».

En el mes de septiembre de 1647, once meses antes de su muerte, cuando parecía destruída su Orden sin esperanza de que pudiera levantarse, no parecía estar quebrantada la energía de su alma: «Con gran consuelo he recibido la carta de V. R., en que me asegura que se sostiene su constancia. Quiera el Señor aumentar en V. R. esa constancia de modo que, si llega á faltar á otros valor en su vocación, pueda sostener sus almas fluctuantes. Permanezca firme, aunque quede en su casa con muy escaso número de individuos, porque espero que Dios nuestro Señor, por gracia particular, ha de hacer que nuestro Instituto vuelva á su antiguo estado».

Todavía aparece bajo un aspecto más enérgico la fortaleza de José. Empezar una obra y sostenerla contra todo y contra todos es mucho sin duda; pero sufrir pacientemente es más heroico aún, porque es más difícil reprimir el temor que moderar la audacia. Ya hemos visto que además de los padecimientos ordinarios de la vida, soportó, durante medio siglo, todo género de dolores físicos y morales. Están unánimes los testigos del proceso.

«En todas las ocasiones, y durante toda su vida, dió pruebas del mayor valor. Venció todas las dificultades, todas las contradicciones, todos los trabajos, todas las fatigas y las más crueles enfermedades. Su gran energía le hacía soportar todas las dificultades, y le impedía estar triste, porque todo lo consideraba venido de la mano de Dios. Asustábanse sus Asistentes Generales ante tantos contratiempos, pero él estaba enteramente tranquilo y con absoluta confianza en Dios y en su Santísima Madre, exhortando á los demás á imitarle. Era verdaderamente extraordinario aquel valor, porque nada podía turbarlo, y ningún accidente por grave y funesto que fuera, pudo disminuir su confianza en Dios y en su Providencia, renovando y aumentando aquel valor las persecuciones de los últimos años de su vida que fueron las más crueles. Lleno de increíble energía, aunque perseguido, no experimentó inquietud alguna, poniéndolo todo en las manos de Dios y riéndose de todos los esfuerzos del enemigo». El Padre Biscia, Teatino, sobrino del Cardenal tan conocido de nuestros lectores, añade: «Firme é invencible su espíritu, exento de turbación en la adversidad, siempre tranquilo y sereno, jamás se vió abatido por



»las pruebas y contrariedades, tanto interiores, como exteriores. Puedo afirmar lo, porque lo conocí y traté íntimamente durante doce años, siendo mi confesor y de toda mi familia».

Los extraños y los mismos estudiantes se sorprendían viendo al Santo General que sufría con calma persecuciones muy superiores á las fuerzas de ellos que no eran más que testigos. Lo declara el Sacerdote Litrici; discípulo suyo en otro tiempo: «Jamás dejó de estar tranquilo y sereno: se hubiera dicho que era un ángel. Aunque no tenía yo más que doce años, le contemplaba con entusiasmo, porque sabía lo mismo que todos mis compañeros con cuánta injusticia se le perseguía. Me afligía ciertamente más que él, porque todo su exterior revelaba que estaba tranquilo y sin ninguna tristeza en su corazón.»

Algunos rasgos tomados al azar lo probarán mejor aún. Fué arrestado públicamente con las circunstancias que hemos referido; y á este propósito dice el sacerdote Mássimi: «Lo vi cuando lo llevaban á la Inquisición rodeado de alguaciles: iba con tanta calma y alegría que me quedé estupefacto: parecía que gozaba con aquella prueba cruel.»

El Duque de Conti habla de su indiferencia después de la ignominiosa deposición del Generalato: «Conversando con él, lo encontré tan paciente y resignado en la voluntad de Dios, que parecía no tocaba á él aquella prueba, con lo que quedé grandemente edificado.»

El colmo de su energía mostróse en la supresión de su Orden la obra más importante de su vida, y que le había costado medio siglo de penas y de sufrimientos. El gran Patriarca San Ignacio de Loyola, tan sometido á la voluntad de Dios, después de considerar maduramente cuál podría ser la mayor desgracia que podría sobrevenirle, dijo que sería la destrucción de la Compañía; pero añade: Un cuarto de hora de oración me bastaría para resignarme. Agobiado José por las enfermedades y por la edad, pues tenía noventa años, no tuvo necesidad del cuarto de hora. Antes de anunciarse la triste nueva á los Religiosos de San Pantaleón, un elevado personaje fué á manifestarle su sentimiento de pésame. A las primeras palabras respondió José: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sit nomen Domini benedictum.*

Al fundar su Orden, estando en la flor de su edad, no ignoraba lo mucho que había de sufrir. Su pasada vida le había hecho conocer la rabia del demonio: había de sostener un encarnizado combate con el ángel de tinieblas; sin embargo, nada pudo detenerle en sus designios, y tuvo el dolor inmenso de sobrevivir dos años á la destrucción de su Sociedad Religiosa, viéndola derrumbarse en derredor suyo, quedando él de pie, impassible en medio de tantas ruinas. Lo declara en estos términos el P. Scaffellati que permaneció fiel hasta la muerte: «Perseveró en la paciencia hasta el fin. Jamás se pudo sorprender turbación alguna en su semblante; jamás, ni una vez siquiera le oí quejarse: bendecía siempre á Dios, conformándose con su

»justicia, y diciendo: Hagamos en todo y por todo la voluntad de Dios. Hijo mío, me decía, tenemos con los Apóstoles un rasgo maravilloso de semejanza; como ellos sufrimos por el Nombre de Jesús: suframos contentos como ellos: *ibant Apostoli gaudentes*».

Y no parecía menor su fortaleza en los padecimientos físicos, obteniendo con aquella paciencia los más grandes favores del Señor. Una grave enfermedad, soportada con resignación, le sirvió para vencer la oposición de su padre, pudiendo llegar á ser sacerdote. Su admirable tranquilidad y paciencia en los terribles dolores de la doble fractura de la pierna le proporcionó los mejores sujetos para las Escuelas. Fué un prolongado martirio su vida, con las erisipelas, la enfermedad del hígado y con los dolorosos remedios que se le aplicaban, además de una hernia, y los continuos cauterios, etc.: pero de todo hemos hablado circunstanciadamente en el curso de esta historia. En 7 de septiembre de 1624 escribía: «A fines del año último recibí una contusión en el costado, y pocos días después tuve un nuevo accidente. Pero en todo esto no ha disminuído mi deseo de trabajar y de sufrir por amor de Dios, cuando se presente la ocasión, especialmente por el bien de nuestro Instituto».

Con frecuencia causábanle no pequeños dolores sus graves enfermedades; tenía entonces que guardar cama, viéndose obligado á dictar sus cartas. A aquellas enfermedades habituales, añádanse con frecuencia los resfriados, catarros, fiebres romanas y otros accidentes semejantes, sobre todo las erisipelas que tantas veces lo pusieron en los bordes del sepulcro. El hígado le causaba, sobre todo en el verano, calor insoportable. Maravillados estaban los Padres ante paciencia tan ejemplar. «Soportó la última enfermedad, dice un testigo, sin quejarse ni impacientarse jamás, alabando á Dios, y con semblante sereno y risueño». Otro añade: «Jamás permitió que ni yo ni ningún otro sacerdote le ayudásemos en su última enfermedad. Deseaba más sufrir esperando que llegara el enfermero, que era un pobre Hermano anciano, completamente sordo, lo que ejercitaba más su paciencia, porque cuando pedía una cosa, le llevaba otra el Hermano, y sin embargo, jamás se quejaba. Es cierto que en los últimos días había siempre á su lado uno de nosotros. Una noche estaba yo de guardia, lo devoraba la fiebre, y me hizo señas para que tocara su lengua seca y rugosa como un pedazo de corcho: le puse en la boca algunas gotas de agua. Perdóneme P. Angel, me dijo con grande humildad, las molestias que le doy. Dios le premiará este servicio».

Y aquel pobre cuerpo tan enfermo, aún cuando parecía que gozaba de relativa salud, lo agobiaba él mismo con toda clase de fatigas, privaciones y penitencias, como hemos dicho varias veces: y no eran sólo prácticas de algunos momentos de fervor ó de ciertos días prescriptos por la Regla; eran la costumbre de todos los días, y tan á menudo que se revelaba bien



la energía de aquella alma que no conocía el descanso. Por mucho tiempo, antes que se lo prohibieron el confesor y el médico, llevó una camisa de lana basta; iba descalzo en lo más riguroso del invierno hasta el punto de ponerse sanguinolentas las piernas. Afirman todos los testigos que era muy raro ver un poco de fuego en su habitación; y en tal caso, jamás se acercaba, repitiendo con frecuencia que el que se cuida demasiado, se ve ordinariamente vencido por su misma naturaleza. Ya hemos visto con cuánta frecuencia tomaba la disciplina, cuya costumbre conservó hasta el fin de su vida, siempre que deseaba conseguir alguna gracia particular, soportar algún disgusto, ú obtener alguna conversión. Entonces brotaba la sangre de sus llagas á que nunca daba tiempo para que se cicatrizasen enteramente. Además de los ayunos de Regla ó de precepto, ayunaba frecuentemente, como lo hacía él, esto es, á pan y agua, y cuando no ayunaba, como decía la misa á las once, nada tomaba hasta la comida, no haciendo nunca más que una comida al día. Jamás dejaba el cilicio y cadenilla de hierro. Y ¡cosa admirable! buena para confundir las delicadezas tan rodeadas de precauciones y cuidados de nuestro siglo: con aquel régimen de penitencias y con tantas enfermedades llegó á una edad enteramente improbable.

Muy crueles por otro estilo fueron los dolores que le causaron sus perseguidores. No citaremos los testigos del proceso de Beatificación, son muy numerosos, y ya nos hemos servido de ellos en la marcha de esta historia. Recordaremos solamente que, echándolo por tierra Mario, cuando estaba de rodillas á sus pies, lo pisoteó, sin poder arrancarle la más mínima queja. No quiere decir que estuviera muerta en él la naturaleza; estaba muy viva siempre, pero la tenía enteramente sujeta. En momentos tales se hacía violencia superior, juntaba las manos, las apretaba con fuerza levantándolas al cielo hasta que se pasaba la emoción. Era necesario seguirle muy atentamente, para conocerlo, pues no pronunciaba una palabra que pudiera revelar sus luchas interiores. «Sería mi mayor gozo, decía, morir en las pruebas y en la Cruz, como mi Redentor». Con razón, pues, terminaba su declaración en el proceso el Cardenal Crescenzi: «No puedo dejar de decir que su mayor milagro fué la paciencia, y sin embargo era de carácter fogoso é inclinado á la cólera.» El sabio Lambertini, después Benedicto XIV, concluye su informe con estas palabras: «Consta de las virtudes heroicas del siervo de Dios, nuevo Job por sus pruebas y sus resignaciones».

#### La templanza y la humildad

Una misma acción participa frecuentemente de la naturaleza de muchas virtudes que, aunque muy distintas, parece que se confunden, lo que nos obliga á ser breves para no repetir los mismos sucesos. La sobriedad de José nacía de su espíritu

de penitencia, como también de su amor á la castidad y de su celo por la gloria de Dios, y por la salud de las almas.

Hemos visto su excesiva templanza en la bebida, en la comida y en el sueño. Aquella costumbre la tenía ya desde niño, porque, siendo estudiante, no hacía más que una comida, durmiendo apenas dos ó tres horas en la noche. Obraba así para domar su cuerpo, sometiéndolo al espíritu, porque su elevada estatura y fuerte constitución lo predisponían para las pasiones violentas. «Observé muchas veces, dice un Padre, que ponía agua en la comida para quitarle el gusto; pero lo hacía con tanta habilidad, que no podía advertirlo el que no lo supiera de antemano. Siempre dejaba una parte de comida para darla á los pobres. Su vaso era más pequeño que el de los demás, y apenas echaba un poco de vino en el agua. Si el que servía se olvidaba de darle su parte—en la casi totalidad de las Comunidades tiene cada uno su porción—nunca pedía nada, ni reprehendía á nadie, diciendo que Dios lo había permitido. Más ligero para comer que los demás, toda su atención se dirigía á la lectura. Dificilmente se le hacía comer fuera de la Comunidad: no se recuerdan sino dos excepciones en toda su vida».

El P. Biscia, Teatino, sobrino del Cardenal Biscia, é hijo de la Marquesa Gaetani, declaró en estos términos: «Era notablemente sobrio, y huía de las recreaciones. Nunca pudimos conseguir que viniera á comer á nuestro palacio que estaba tan próximo». Y otro dice: «No comía más que una vez al día; su alimento era ordinario, y no lo tomaba sino porque lo ordenaba la obediencia. Comía lo que le servían, sin quejarse jamás de las comidas insipidas ó demasiado saladas, muy crudas ó muy cocidas; comía sólo para vivir sin tomar el gusto á lo que comía. Le fastidiaba oír hablar de platos delicados, y decía: «Quien se ocupa en alimentos exquisitos, pronto perderá el alma. No comía más que una vez, al medio día, en la mesa común, ni tenía más porción que los demás que comían dos veces al día, y era siempre la comida de los pobres proporcionada por la caridad pública; era con frecuencia varias especies de calabazas, regaladas en tal cantidad por los amigos de la casa, que había para todo el invierno. La sopa era tan clara, tan semejante al agua pura, que parecía imposible que pudiera sostener á aquellos Padres, y él los exhortaba á que tuvieran paciencia. Le bastaba medio *pagnote*—tres panecillos del país, —Bebía más bien agua que vino. Guardaba innumerables abstinencias; además de los ayunos prescritos por la Iglesia y por la Regla, gran número de vigiliás á pan y agua. A veces se olvidaba el Refitolero de colocar en su lugar la botella ó el vaso, ó las dos cosas, José nada decía, y se contentaba con beber agua ó no bebía nada. No se comprende cómo podía pasar con tan poco. Más aún: había hecho colocar detrás de su puesto espinos y zarzas, de modo que no se pudiera arrimar á la pared sin punzarse, y se veía obligado á permanecer en posición recta á



»pesar de sus muchas enfermedades. En su lugar, sobre la mesa, »había hecho colocar una calavera. Pero, cuanto más rígido era »consigo, tanto más suave era para los demás; dábales todo el »tiempo que querían, aunque hubiera concluido él, los invitaba »á comer y beber según la necesidad de cada uno, reservando »los rigores solamente para sí. Estableció la costumbre de que »se interrumpiera la lectura varias veces para decir: «Acordé- »monos, Padres y Hermanos, de la hiel y vinagre que gustó el »Redentor del mundo en el Santo Leño de la Cruz».

«Dormía tres ó cuatro horas, pasando en oración el resto de »la noche. Descansaba en una cama pequeña y estrecha, for- »mada por un gergón de paja que se conserva todavía en San »Pantaleón. En su extrema ancianidad, le obligaron á tener un »colchón muy pobre, pero sin sábanas».

Ya hemos dicho que en Roma, todos toman la siesta: él des- cansaba en una hamaca, atándose primero las manos con un grueso cordel. Siendo ya muy anciano, y no pudiendo echarse en la cama; para no molestar á nadie, hizo colocar un gancho en el techo, que se ve todavía hoy, y con un cordel se levantaba hasta la cama, donde más engañaba que satisfacía la necesidad de descanso. Citaremos los testigos. «Durante gran número de años »jamás se acostó, porque la falta de personal le obligaba á ha- »cerlo todo él solo: no le quedaba más que la noche para la »oración y para preparar los temas del día siguiente».

Entre todas las virtudes morales, le era la más querida la humildad: Decía con mucha frecuencia: «Quisiera ser santo pa- ra ser humilde». En sus cartas se lee: «El que no se humilla no »entrará por la puerta que es Cristo, *ego sum ostium*.—La hu- »mildad es el camino del cielo, donde no se entra sino hu- »millándose por puro amor de Dios.—El camino para el Paraí- »so es la humildad.—Estemos firmemente convencidos de que »el que no sea humilde en esta vida, no será exaltado en la otra. »—Aumentemos el capital de nuestra humildad: es la única mo- »neda que corre en la casa de Dios.—La santa humildad es me- »dio seguro de hallar en abundancia los dones y las gracias de »Dios.—Quien se esfuerce por ser humilde, hallará un maravillo- »so tesoro.—Cuanto más favorecida de Dios se ve un alma, »tanto más humilde debe ser para no perder los favores: y los »perderá con un poco de presunción ó de estimación de sí misma. »—Si queréis que se sirva Dios de vosotros para grandes cosas »en la conversión de las almas, sed los más humildes de todos».

Y no eran sólo frases huecas que todos pueden escribir ó predicar, eran la traducción de toda su vida, como hemos visto en las páginas de este libro: tememos repetirlo demasiado. Con- tra su voluntad, fué nombrado General de una Orden que había fundado él mismo, compensando su alta dignidad con las ocupa- ciones más bajas y humildes que buscaba. En vano se quiso mu- chas veces hacerle aceptar la mitra y el birrete cardenalicio; puso más cuidado en huir de aquellos honores que de las humilla-

ciones que lo abrumaron toda su vida. Lloró á los pies del Papa que quería elevarlo á aquellas dignidades, y marchó alegre á las prisiones de la Inquisición. «Al que le decía: no puedo, no me »atrevo á hacer obra de tanta humillación, respondía. Muy bien, »tampoco podrás ni te atreverás á entrar en el Paraíso que se »ha hecho sólo para los niños en la edad y en las humillaciones »voluntarias. En sus relaciones con el prójimo era profundamen- »te humilde, estando siempre descubierto, aun delante de los ni- »ños. Aunque Superior, hacía públicamente los oficios más hu- »mildes de la casa. Los más elevados personajes lo hallaron con »la escoba en la mano. Le gustaba mucho besar los pies á los »Padres, ayudaba á los Hermanos á lavar la vajilla, les llevaba »leña, pidiendo limosna con la alforja al hombro para ayudar- »les. A veces iba de rodillas hasta la puerta de la Capilla ó del »Refectorio, y se echaba por tierra en el umbral de la puerta, »para que pudieran pisarle todos los Religiosos. Muchas veces, »durante su Generalato, se le vió ayudar al Hermano encarga- »do de cuidar el asno de la casa, almohazando al animal, apa- »rejándolo, y hasta conduciéndolo él mismo por la ciudad. Un »día fué encontrado por el Cardenal Torres que le dijo. ¿Qué ha- »ce ahí V.? respondió: enseñó al Hermano cómo ha de tratar »al asno. Cuando se edificaba la casa, trabajaba como un peón. »Le eran familiares todas las prácticas más humildes: acompa- »ñar á los niños á sus casas, barrer la enfermería, limpiar las »jarras, servir á los enfermos, lavar la ropa, pedir el pan por »la ciudad, comer de rodillas en medio del Refectorio, todo esto »le parecía una felicidad: sólo entonces creía que se hallaba en »su lugar.»

Mientras vivió, huyó de toda ostentación, ocultando sus bue- nas obras, rechazando las alabanzas y enhorabuenas, feliz con ser despreciado, considerado como nada, y sabemos que no le faltaron las ocasiones, A todos los consideraba superiores á sí mismo, hallando su gloria en ser el último de todos. Pedía á su confesor que jamás le alabase, sufriendo visiblemente, cuando se elogiaba su virtud. Decía sin cesar que, aunque trabajaba mucho, no hacía nada. Cuando le pedían el auxilio de sus ora- ciones, recomendaba que se dirigiesen á Dios, ó enviaba á al- guno de sus más virtuosos Religiosos. «En tantos años de pro- »fesión, decía, no he sabido adquirir las virtudes religiosas». Dándole las gracias un día el joven Biscia por su curación, le dijo: «Hijo mío, no he podido ser yo, porque soy gran pecador». Después de las clases hacía con frecuencia que rezasen los ni- ños un *Padre nuestro* y un *Avemaria* por la conversión de los más grandes pecadores del mundo, para que Dios les diera lu- ces para conocer sus errores: y uno de aquellos grandes pecado- res creía ser él mismo. Por eso respondía con la mayor sinceridad á sus amigos en el momento de sus mayores humillaciones: «He tenido mayor satisfacción al ser depuesto del Generalato »que al aceptarlo, porque sé muy bien que no lo merecía»



Amaba de todo corazón á los que sentían lo mismo. Un caballero español le llevó una carta de un pariente suyo, General de los ejércitos de Felipe III, en los confines de Navarra. El Religioso encargado de entregarle el pliego, le hizo notar, que por medio de aquel pariente podía hallar algún medio de defender su inocencia. José le reprendió fuertemente, y le hizo salir de su cuarto sin querer recibir la carta.

Jamás pudo hacerse su retrato. Notando un día, que á instigación de sus discípulos, trataba de copiar un pintor sus rasgos principales. ¡Qué locura, le dijo, querer hacer mi retrato! ¿Os he pagado el trabajo? y le impidió continuar. Recomendaba á sus Padres que fueran los primeros en saludar á los Religiosos de otras Ordenes, y que no permitieran que se les adelantasen. Prohibió que se le llamara Reverendísimo, tratamiento que se da á todos los Generales de las Ordenes Religiosas. A los que en sus cartas le daban aquel título, contestaba: «No me llame V. R. »*Reverendísimo*, pues ni merezco que me llamen *Reverendo*». El 2 de mayo de 1648, tres meses antes de su muerte, escribía en una de sus últimas cartas: Avanzará rápidamente en la virtud el que se esfuerce por adquirir la santa humildad: porque la verdad es que el Religioso es tan santo como humilde. Quiera Nuestro Señor misericordioso, derramar en nosotros el santo espíritu de la humildad.

#### POBREZA

Dicen las Constituciones escritas de puño y letra de San José: «Los Religiosos deben amar y conservar firmemente en su pureza, como muralla firmísima de la Religión la Venerable Pobreza, madre de la preciosa humildad y de las demás virtudes; cuyos efectos procurarán todos experimentar algunas veces». Ya hemos visto cómo observó su Regla aun antes de haberla escrito, y cómo mereció que se le apareciese cinco veces la Pobreza en figura de una mujer mal vestida, y cómo, en fin, en una de sus visiones lo desposó San Francisco con la Pobreza, cuando vivía aún en el siglo. Por eso fué muy grande su gozo, cuando, al fundar Paulo V la Congregación Paulina, ordenó que los votos simples obligasen á los Religiosos á la pobreza más estricta, tanto en común, como en particular. Según aquel Decreto estableció en la Orden la Pobreza completa.

Pero cambiósese más tarde aquella disposición, conforme á las prescripciones canónicas, por Gregorio XV, cuando fué elevada la Congregación al grado de Orden Religiosa con votos solemnes. En conformidad con las prescripciones del Concilio de Trento que ordena que todas las casas de los Mendicantes, á excepción de los Franciscanos Observantes y Capuchinos, puedan poseer bienes raíces, no obstante Constituciones contrarias, entraron las Escuelas Pías en el Derecho común, y pudieron poseer bienes raíces para el mantenimiento de sus casas. A pesar de esto conservó San José intactas las Reglas de la Pobreza, hacién-



CAPILLA LEVANTADA EN HONOR DE SAN JOSÉ DE CALASANZ  
EN LA MISMA CASA EN QUE VIÓ LA PRIMERA LUZ